

1.° de Mayo de 1906. Año III. N.° 57.

¡PRÓFUGO! cuadro de Francisco Legua, notable pintor. La madre que se abraza al prófugo á quien la pareja se ha de llevar, el padre que aparece en el fondo de la puerta, la vieja de la derecha, las figuras todas, constituyen un cuadro admirable de realidad y de expresión.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

El famoso ladrón refiere, como la cosa más natural del mundo, su maravillosa combinación para perpetrar el robo que hemos descrito en el número anterior.

El barón se arrepintió de haber denunciado oficialmente á Arsenio Lupin, cuando vió su castillo entregado á los gendarmes, al procurador, al juez de instrucción, á los periodistas, á los curiosos que quieren olerlo todo.

El suceso apasionaba á la opinión y el nombre de Arsenio Lupin volvía á figurar en la prensa, mezclado á las historias más fantásticas. Aquella carta dirigida al barón previniéndole del robo, manuscrito que publicaron los periódicos, produjo una gran emoción. Se dieron explicaciones fabulosas; resucitaron las viejas leyendas; se recordó la existencia en el castillo de famosos subterráneos, y el juzgado dirigió en este sentido sus pesquisas. Registróse el castillo de arriba á abajo; se examinaron las inmensas cuevas donde los antiguos señores almacenaban sus provisiones de boca y guerra, y no se descubrió el menor vestigio de subterráneo. No había pasaje secreto. Lo cierto era que los cuadros, los tapices y las vitrinas habían desaparecido como fantasmas.

El juzgado de Rouen, convencido de su impotencia, solicitó el concurso de la Policía de París, y el jefe de la Seguridad envió dos agentes escogidos de la brigada especial, quienes

después de estar cuarenta y ocho horas en el castillo, volviéronse á París sin haber adelantado un paso.

Entonces el jefe de la Seguridad llamó al inspector Ganimard, quien después de escuchar silenciosamente las instrucciones de su superior, dijo:

—Creo que se sigue una falsa pista obstinándose en el registro del castillo. La solución está en otra parte.

—¿Dónde, pues?

—En la cárcel de la Santé.

—¿De modo que usted cree que Arsenio Lupin es el autor del robo?

—Es el único capaz de hacer una cosa semejante. No se trata de subterráneos, de piedras giratorias, ni de fantasías de este calibre. Nuestro individuo no emplea procedimientos tan antiguos. Es hombre de los tiempos actuales, ó mejor dicho, de los venideros.

—¿Entonces?...

—Entonces pido autorización para pasar una hora con él. Cuando le traje preso desde América, mantuvimos durante la travesía excelentes relaciones y hasta me atrevería á asegurar que le soy simpático. Si puede informarme sin comprometerse, no vacilará en evitarme un viaje inútil.

Era poco más de medio día cuando Ganimard entró en la celda de Arsenio Lupin, que estaba tendido sobre el lecho, y al ver al inspector lanzó un grito de alegría.

—¡Caramba!, es una verdadera sorpresa. ¡El bueno de Ganimard por aquí!... Siento infinito no poderle ofrecer á usted más que este taburete. Y ¡ni un refresco, ni un vaso de cerveza! Dispénseme usted, estoy aquí de paso.

Ganimard se sentó sonriendo, y el prisionero continuó hablando:

—No puede usted figurarse lo que me alegra ver la cara de un hombre honrado. Estoy hasta los pelos, de tanto espía, de tantos vigilantes como pasan diez veces al día revista á mis bolsillos y á los rincones de mi modesta celda, para asegurarse de que no preparo ningún plan de evasión... Pero estoy charlando sin tino, diciendo tonterías; veamos, ¿á qué debo el honor de su visita?

—Al robo del castillo de Cahorn—declaró redondamente Ganimard.

—Espere usted un segundo, que haga memoria... ¡Tiene uno tantas cosas en la cabeza!... ¡Ah! sí, ya recuerdo.

—¿No habrá necesidad de explicarle á usted el resultado de las diligencias judiciales?

—De ninguna manera. He leído los periódicos de esta mañana. Me permitiré consignar que no adelantan ustedes un paso.

—Precisamente por eso recurro á la amabilidad de usted.

—Estoy á sus órdenes.

—Ante todo: ¿el robo ha sido dirigido por usted?

—Desde la A hasta la Z.

—¿Su carta de aviso, el telegrama?...

—Son de este servidor de usted. Todavía debo tener por aquí el acuse de recibo.

El prestigio de Ganimard hace maravillas.

Arsenio abrió el cajón de una mesita de madera blanca que con el lecho y el taburete constituía todo el mobiliario de la celda, cogió dos trozos de papel y los tendió á Ganimard.

—¡Ah!, pero yo creía que se ejercía sobre usted una vigilancia activa. Usted lee periódicos, colecciona los recibos del correo...

—¡Bah!, estas gentes son tan tontas, que descosen el forro de mi chaqueta, exploran las plantillas de mis botas, auscultan los muros, y ninguno puede imaginarse que Arsenio Lupin pueda escoger por escondrijo el cajón de la mesa.

El famoso ladrón dió unos cuantos pasos por la celda, se detuvo, y dijo poniendo la mano en el hombro de Ganimard:

—¿Qué piensa usted de mi carta al barón?

—Pienso que ha querido usted divertirse, asombrar al vulgo.

—Querido Ganimard, le creía á usted de más fuerza. ¿Me cree usted capaz de semejantes puerilidades? ¿Cree usted que yo hubiera escrito esa carta si hubiera podido desvalijar al barón sin escribirla? Esa carta era el punto de partida indispensable, el resorte que puso en acción la máquina. Veamos, procedamos por orden y preparemos juntos, si le place, el robo del castillo.

—Le escucho á usted.

—Sé que el castillo está rigurosamente cerrado, inaccesible. ¿Voy á intentar el asalto? Sería infantil. ¿Introducirme disimuladamente? Imposible. El único medio es hacerme invitar por el mismo propietario. Pues un día este propietario recibe una carta advirtiéndole lo que trama contra él Arsenio Lupin, reputado ladrón. ¿Qué hará el barón?

—Llevarle la carta al juez.

—Que se burlaría de él, *puesto que el tal Lupin está actualmente bajo llave.* El hombre se encuentra tan trastornado que está dispuesto á pedir auxilio al primero que encuentre, ¿no es esto?

—Evidente.

—Y si le ocurre leer en un periódico cualquiera, que un policía célebre está pasando una temporada en el pueblo vecino...

—Se dirigirá al policía.

—Usted lo ha dicho. Admitamos ahora que, en previsión de que así suceda, Arsenio Lupin haya rogado á uno de sus más hábiles amigos, que se instale en el pueblo en cuestión y que se ponga en relaciones con un redactor del periódico al que está suscrito el barón, y dejar entender que es Fulano, el policía célebre; ¿qué ocurrirá? Que el redactor anunciará en el periódico la presencia de dicho policía en la localidad. Y una de dos: ó el barón no muerde el cebo, y entonces nada sucede, ó bien, y esta es la hipótesis más verosímil, el barón corre á buscar al policía, y ya tenemos á la futura víctima implorando contra mí la protección de uno de mis amigos. Por supuesto, el falso policía rehusa en un principio su concurso. Pero viene el telegrama de Arsenio Lupin; el espanto del barón, que suplica de nuevo á mi amigo y le ofrece una cantidad por vigilar aquella noche en el castillo. El amigo acepta. Avisa á dos de nuestra banda, quienes aquella noche, mientras el barón es guardado de vista por el falso policía, van echando tranquilamente los objetos por la ventana á una chalupa que otros amigos han dispuesto al efecto. La cosa es sencillísima.

—Es maravilloso, y no sé qué admirar más, si la audacia de la concepción ó la ingeniosidad de los detalles. Unicamente encuentro un punto flaco. No veo que haya nombre de policía bastante ilustre para sugestionar al barón hasta el punto de depositar en él toda su confianza.

—Hay uno y nada más que uno.

—¿Cuál?

—El del más ilustre, el del enemigo personal de Arsenio Lupin; en una palabra, el inspector Ganimard.

—¡Pero!...

—Usted mismo, Ganimard. El lance es delicioso: si tiene usted que ir allí y el barón se decide á hablar, acabará usted por descubrir que su deber es prenderse á sí mismo, como me prendió usted en América. ¡Eh! ¿qué tal? la revancha es cómica: hago prender á Ganimard por Ganimard.

Arsenio Lupin reía de muy buena. El inspector se mordía los labios. La broma no le parecía merecer tal acceso de alegría.

Arsenio Lupin es el hombre mejor informado del mundo.

La llegada de un vigilante puso punto á su franca risotada. El hombre llevaba el almuerzo de Arsenio Lupin, á quien por favor especial se le permitía servirse del restaurant vecino. Lo depositó sobre la mesa y se retiró.

—Puede usted estar tranquilo, mi querido Ganimard; no tendrá usted necesidad de hacer el viaje. Voy á decirle á usted una cosa que le sorprenderá: la causa va á sobreseerse.

—¿Qué?

—Le digo á usted que está á punto de sobreseerse.

—¡Pero si acabo de dejar al jefe de la Seguridad!...

—¿Y qué? ¿Acaso va á estar mejor enterado que yo? Sepa usted que Ganimard—el pseudo-Ganimard—está en las mejores relaciones con el barón, habiéndole encargado la delicada misión de negociar conmigo una transacción, y á la hora presente, mediante una cierta suma, es probable que el barón haya recobrado sus queridos «bibelots». En ese caso retiraría la denuncia, y el juzgado no tendrá más remedio que...

—¿Pero cómo sabe usted todo eso?—le preguntó el policía estupefacto.

—Acabo de recibir un telegrama que esperaba.

—¿Que acaba usted de recibir un telegrama?

—Ahora mismo, querido amigo. Por cortesía no he querido leerlo en su presencia. Pero si usted me autoriza...

—Se está usted burlando de mí, Lupin.

—Haga usted el favor, querido amigo, de abrir dulcemente este huevo pasado por agua. Así se convencerá usted de que no me burlo del ilustre policía.

Maquinalmente Ganimard obedeció abriendo el huevo con la hoja del cuchillo. De pronto lanzó un grito de sorpresa. La cáscara vacía contenía un papel azul. Arsenio le rogó que lo desplegara. Era un telegrama, ó, mejor dicho, una parte de telegrama, al cual se le había arrancado las indicaciones de procedencia.

Ganimard leyó:

«Acuerdo concluído. Cien mil misas libres. Todo va bien.»

—¿Cien mil misas?—dijo el policía.

—Sí, cien mil pesetas. Poco es; pero, en fin, están malos los tiempos. ¡Si conociera usted mi presupuesto!... ¡un presupuesto de una capital de primer orden!

El reloj del policía y el del juez.

Ganimard se levantó. Su mal humor habíase disipado, y con tono en el que se descubría una sincera admiración, dijo á Lupin:

—Por fortuna, no existen muchos como usted; si hubiera un par de docenas, los policías tendríamos que marcharnos á casa.

—¡Bah!—contestó Lupin con aire de modestia—, es necesario distraerse, ocupar mis ocios.

—¿No tiene usted bastante en qué pensar con su proceso, su defensa...?

—Maldito lo que me importa todo eso. He resuelto no asistir á la vista de la causa.

—¿Que no va usted á asistir?...

—¡Claro que no! ¿Es que voy á pudrirme sobre la húmeda paja de la celda? Me ofende usted. Arsenio Lupin no está en prisión más que el tiempo que le place, ni un minuto más.

—Hubiera sido prudente empezar por no entrar—repuso el policía en tono irónico.

—Sepa usted, mi respetable amigo, que ni usted ni nadie me hubiera echado el guante si un interés superior no me hubiera solicitado en aquel momento crítico. Una mujer me curaba, Ganimard, y no era dueño de mí. Por eso estoy aquí... Además, soy algo neurasténico; la vida moderna es febril. Es preciso en ciertos momentos hacer lo que se llama una cura de aislamiento. Este lugar es magnífico para esta clase de régimen curativo...

—Me está usted tomando el pelo—dijo Ganimard.

—Hoy somos viernes—afirmó Lupin. El próximo miércoles iré á fumar un cigarro á su casa á las cuatro de la tarde.

—Le espero á usted.

Se estrecharon las manos como dos buenos amigos que se estiman en su justo valor, y el viejo policía se dirigió hacia la puerta.

—¡Ganimard!—llamó Lupin.

—¿Qué ocurre?

—Ha olvidado usted su reloj.

—¿Mi reloj?

—Sí, se ha extraviado en mi bolsillo.

Y se lo devolvió excusándose:

—Perdóneme usted. No porque me hayan privado del mío es razón para que yo me quede con el de usted. Tanto más cuanto que tengo un cronómetro que no me disgusta y llena mis necesidades.

Y sacó del cajón un hermoso reloj de oro, con una pesada cadena.

—¿Y de qué bolsillo procede ése?—preguntó Ganimard.

Arsenio Lupin examinó negligentemente las iniciales.

—J. B... ¡Ah!, sí, ya recuerdo: Julio Buvier, mi juez de instrucción, un hombre encantador...

(Arsenio Lupin ha prometido evadirse; ya veremos cómo cumple su promesa.)

Guardia de Seguridad asesinado.

Un miserable ha dado alevosa muerte al guardia de Seguridad llamado Clarós. El hecho ha sido de tanta resonancia, que renunciamos á detallarlo.

La pública indignación se ha manifestado de modo bien notorio; el entierro ha sido una solemnidad; la suscripción á favor de la viuda se cuenta por miles de pesetas, además de la pensión vitalicia que se le ha concedido. Y después de declarar que todo nos parece poco y que aplaudimos todas esas manifestaciones de duelo y munificencia, se nos ocurre preguntar:

¿Qué se ha hecho para los infelices guardias civiles asesinados en Llerena y Bonilla de la Sierra? ¿Qué se ha hecho por la víctima del *Cristo?*

¡Nada!... La comparación resulta bien dolorosa para la Benemérita.

Matan á un inspector de policía y se le concede á la viuda una pensión de coronel; asesinan á un guardia de orden público y todos rivalizan en socorrer á los suyos; matan no uno, sino tres guardias civiles en breve espacio de tiempo, y ni prensa, ni autoridades, ni público se dan por enterados.

Lo sorprendente es que haya uno solo que quiera pertenecer á ese glorioso Cuerpo, que no se lo merecen los españoles.

Honradez sublime.

El sargento patrón de la Comandancia de Santander, Francisco Bayona López, y el carabinero de mar de la misma Manuel Elena Coll, hallaron en la vía pública un pañuelo de seda con 100 000 pesetas, que restituyeron espontáneamente á su dueña, al conocer la procedencia del dinero, sin admitir las gratificaciones que les ofreció.

Este sublime rasgo de honradez enaltece tanto á los que le han llevado acabo como honra al Cuerpo de Carabineros.

Desde hoy los nombres del sargento Francisco Bayona López y carabinero Manuel Elena Coll, figurarán eternamente en el cuadro de honor del Instituto, habiéndose hecho acreedores á la consideración de sus conciudadanos y á una señaladísima recompensa

Gobierno, ¡hay que acordarla!

Españoles, ¡descubrirse!...

Los dramas del espiritismo.

Dos íntimas amigas, en París, dedicábanse á prácticas espiritistas. La mayor de ellas inició á la otra en todos los secretos de las ciencias ocultas, enseñándole el arte de hacer girar los veladores y de predecir el porvenir. También le reveló un procedimiento cómodo de deshacerse de un enemigo, trasladando su alma á la llama de una bujía, que extinguida con un soplo, cortábase el hilo de la existencia del enemigo. A partir de este día la persona así condenada no podía disfrutar de ventura y una serie de desgracias le perseguía, hasta que al fin sobrevenía la muerte.

Hacía mucho tiempo que las dos amigas vivían en la más perfecta inteligencia; pero hace quince días Julieta, la más joven de las dos, empezó á preocuparse por una porción de contrariedades. ¿Y quién sino su amiga podía ser la causa de su mala suerte? Julieta se lo echó en cara; sucediéndose las querellas, que han concluído de un modo trágico con la muerte de la mayor, víctima de los furores de Julieta, que disparó sobre ella los seis tiros de un revólver. La joven ha declarado ante el juez que disparó contra su víctima porque le había hecho mal de ojo. La amiga había solicitado ciertos favores, que Julieta no había querido concederle, y desde entonces habíase vengado de ella haciéndole objeto del sortilegio de la llama de la bujía. Como su vida no era más que una serie de desventuras, no encontró más medio para romper el sortilegio que matar á la que, según ella, lo había producido.

Véase el interesante nuevo anuncio de última plana.

Al presente número van incluídas ocho páginas de LOS DRAMAS DE PARÍS y ocho de LOS TRES MOSQUETEROS.

Penas y suplicios en China



Tribunal de un mandarín chino, juez de paz; á derecha é izquierda los cepos.
(De fotografía.)

La manera de administrar justicia en el imperio chino es sumaria en extremo; el acusado no tiene garantías de defensa y su fortuna y su vida dependen del capricho y rapacidad de los mandarines.

Los tribunales ordinarios se componen de un solo juez, ante el cual permanece de rodillas el acusado, á quien nadie puede defender. Alguna vez, los parientes ó amigos logran la gracia de defender al acusado, con gran riesgo de sus personas, pues si al juez no le placen sus defensas les llama al orden haciéndoles azotar por el verdugo. Así es que el acusado está á merced del juez, ó peor aún, de los empleados inferiores que disponen el procedimiento según el dinero que han recibido. Cierto es que la ley autoriza á la apelación ante los tribunales superiores de Pekin, pero para llegar á ellos se necesita poner en juego tal cúmulo de influencias, que casi todos los procesos se fallan en primera instancia.

Para arrancar las declaraciones al acusado, el juez mandarín coge de sobre la mesa un largo trozo de bambú, que lanza en medio del pretorio. Una cifra escrita sobre el bambú indica el número de golpes que debe recibir el acusado.

La justicia china es muy severa para los ladrones y los perturbadores del orden público. Los rebeldes son cortados en pedazos y mutilados de la manera más horrible.

Las penas más usuales son: apaleamiento, multas, bofetadas con gruesas plantillas de cuero, cepo, prisión, destierro á Tartaria y la muerte, que se ejecuta de mil maneras, á cual más crueles y repugnantes. Estas penas se aplican, generalmente, de un modo arbitrario, al capricho de los jueces.

Cualquiera disposición oficial, por insignificante que sea, es objeto de una sanción penal, y todas las trasgresiones á la misma son castigadas con cierto número de golpes de bambú.

Una de las costumbres chinas que más sublevan el ánimo, es el principio de solidaridad criminal establecido entre parientes y amigos; de suerte que si una persona comete un crimen de alta traición, no solamente sufre el culpable una muerte lenta y horrible, sino que sus parientes en el primer grado son decapitados dondequiera que se encuentren. La misma suerte sufren los que conocen al culpable y no le han denunciado.

El pueblo chino es ingeniosísimo en el arte de hacer sufrir, y ya conocen nuestros lectores muchos de sus refinamientos de crueldad y procedimientos de muerte lenta, entre los cuales merece citarse el siguiente: Consiste en atar al culpable á una cruz hincada en tierra, en seguida el ejecutor coge, al azar, uno de los cuchillos contenidos en un cesto y corta el miembro que el cuchillo indica en una inscripción grabada en la hoja. Generalmente, la familia del culpable procura abreviar el suplicio del infeliz, dando algún dinero al verdugo para que encuentre pronto el cuchillo del corazón.

Como se ve, la justicia en China constituye un inmundo tráfico y según el precio, se permite á una madre abrazar á su hijo ó se abrevia el suplicio del condenado.

Otro de los castigos más frecuentes impuestos á los ladrones en despoblado es la estrangulación lenta, minuciosamente descrita en nuestro número de 1.º de junio de 1905.

Los hijos del celeste Imperio han progresado muy poco en el camino de la civilización; pero ostentan la tristemente célebre vanagloria de ser los más adelantados del mundo en el refinamiento inaudito de un arte aplicado á infligir horribles suplicios á sus semejantes.



Entrada de una cárcel en China.
(De fotografía.)



X

La cabalgada.

SIGUIENDO las indicaciones del padre José, Dolores fué á la taberna de la «Buena Ventura», donde encontró al fraile, que la dijo:—Ven hija mía, yo te salvaré.

Cerca de la plaza mayor de Sevilla, en una calle bastante apartada y paralela á uno de los costados de la catedral, se veía una casita baja cuyas paredes de ladrillos rojos y ciertos adornos de arquitectura atestiguaban que debió ser edificada en la misma época que la Alhambra. Allí llevó José á Dolores. Entrábase en esta casa por una puerta redonda, estrecha y baja, sin que tuviera ninguna abertura aparente por la que tomara luz de la calle. Sin embargo, á algunos pies encima de la puerta, había practicada una abertura cuadrada, bastante ancha para poder pasar la cabeza, y que se cerraba interiormente por medio de una masa de ladrillos exactamente de la misma dimensión que la abertura, y juntando tan perfectamente, que cuando estaba colocada, nadie hubiera sospechado en la pared esta abertura, que se cerraba como una tumba.

La casa sólo tenía un piso; una azotea en la que nunca se veía á nadie, y un jardincito circuido de una pared tan elevada, que hacía imposible que lo de adentro fuese visto por nadie de aquellas inmediaciones. Este jardín, ó más bien, este pozo, pues tenía la forma de tal, estaba lleno de verdura y de flores, que crecían á pesar de la falta de sol, interceptado por las paredes.

Decíase que esta habitación perteneció en tiempo de los moros á un santón. En el tiempo que acaecían los sucesos de que se compone nuestra historia, estaba habitada por una mujer anciana muy piadosa, que frecuentaba mucho la iglesia, pero no recibía á nadie más que á un dominico joven, que suponían ser su confesor.

En un principio, el público extrañaba la solitaria vida de esta mujer; pero como luego observaron que corría bien con la Inquisición, atribuyeron su vida insocial á una devoción excesiva, y nadie pensaba ya en criticarla. Ignorábase de qué país era procedente; sin embargo, por su traje y por sus modales, juzgaban que era española de sangre pura.

Era medio día, y en una sala baja que daba al jardín, hablaban dos mujeres entretenidas en coser.

Una de ellas, de cincuenta años de edad, tenía una fisonomía dulce y grave que revelaba una profunda tristeza, un penoso y aflictivo secreto parecía gravitar sobre su frente pálida, cubierta de canas; una lucha larga y cruel había arrugado su rostro, que en su tiempo fuera hermoso; y su cuerpo alto, estaba algo encorvado. Esta mujer, que se llamaba Juana, era la dueña de la casa, y fué nodriza del dominico joven. La otra, sin embargo de hallarse en la flor de la primera juventud, estaba tan triste y abatida como ella; ésta era Dolores.

—Ayer no vi á mi hijo—dijo en voz baja la anciana—; ¿estaría acaso enfermo mi pobre José?

—Indudablemente volverá hoy—replicó la hija del gobernador—; pues me prometió traerme noticias del apóstol.

—Y lo cumplirá—dijo Juana—; mi José tiene un corazón de ángel; nunca ha hecho más que bien—; y al decir estas palabras enjugó dos lágrimas que corrían por sus ajadas mejillas.

—Vamos, hija mía—prosiguió, doblando su labor y poniéndola en la silla—, ya es hora de comer: dejad ese tapiz y venid á sentaros á la mesa.

—No tengo apetito—dijo tristemente Dolores.

—Pero es preciso comer para vivir... para tener fuerza de vivir—prosiguió amargamente la anciana.

Al mismo tiempo ponía sobre una mesa estrecha manjares sencillos, pero abundantes, como arroz, carnero asado y frutas.

Dolores se levantó lentamente; fué á sentarse delante de la mesa, más por obediencia que por deseos de comer.

Hacía calor; en este momento todo estaba silencioso, cuando repentinamente resonó á lo lejos el ruído de una armoniosa sonata de trompas.

Dolores se estremeció, y dejó inmediatamente á un lado la comida.

—¿Qué tenéis?—preguntó Juana con interés—; ¿qué tenéis, hija mía?

—¡Escuchad!—dijo Dolores aterrorizada, fijando su vista despavorida en el rostro de Juana—; escuchad, madre mía, ¿no oís?

La sonata se oyó mucho más ruidosa y animada, porque se acercaba, y á este ruído estrepitoso se mezclaba un pateo de caballos.

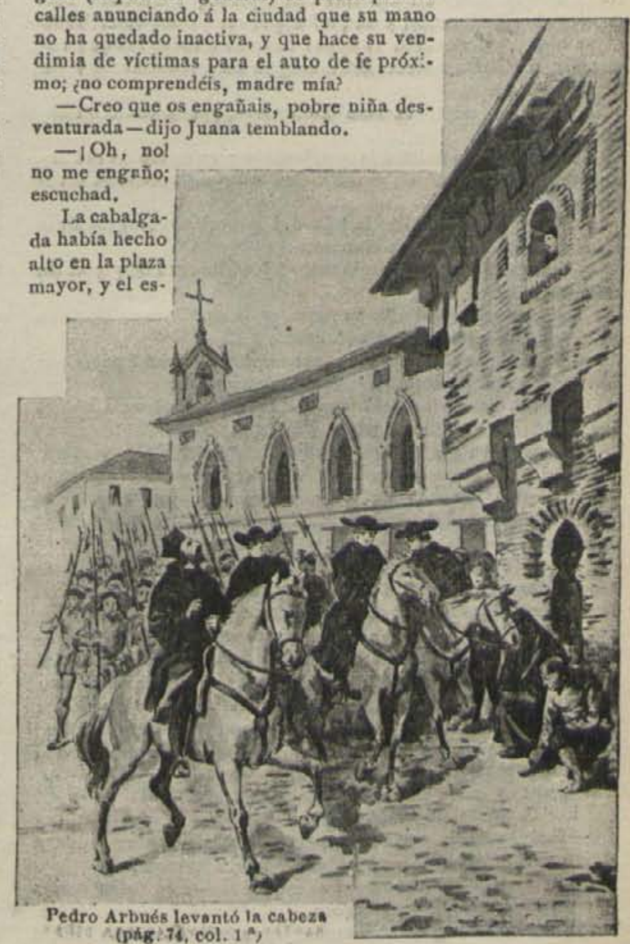
—¡Y bien!—dijo Juana fingiendo no comprender lo que era, ¿qué os importa ese ruído, hija mía?

—Ese ruído, madre mía, es el que anuncia la marcha triunfal de la Inquisición; ¿no comprendéis? «El rey de los verdugos» (inquisidor general) se pasea por las calles anunciando á la ciudad que su mano no ha quedado inactiva, y que hace su vendimia de víctimas para el auto de fe próximo; ¿no comprendéis, madre mía?

—Creo que os engañais, pobre niña desventurada—dijo Juana temblando.

—¡Oh, no! no me engaño; escuchad.

La cabalgada había hecho alto en la plaza mayor, y el es-



Pedro Arbués levantó la cabeza
(pág. 74, col. 1.ª)

trépito de la música, más ruidoso y distinto, llagaba ya á los oídos de Juana.

—Venid, venid—exclamó Dolores llevándose tras sí á la anciana y obligándola á subir al primer piso de la casa—, vais á verlo, madre mía.

Cuando estuvo en el aposento que daba á la calle, y del cual se podía columbrar una parte de la plaza mayor, Dolores levantó diestramente la piedra que cerraba la abertura practicada en la pared.

—¿Qué hacéis? ¡Oh, Dios!—exclamó la anciana.

—No temais nada, madre mía, nadie lo notará; demasiado ocupados están en mirar la comitiva del inquisidor.

Movida por la curiosidad, miró Juana por la abertura; vió la plaza llena de gente, y al gran inquisidor Pedro Arbués, revestido de una larga túnica de color violado y montado en un elegante caballo blanco de la más pura raza, iba delante de su comitiva.

El hermoso rostro del inquisidor, vano y altivo, y su aventajada talla, imponían al pueblo tanto como su dignidad.

Arbués era abierta y francamente déspota á fuerza de audacia, porque no existía en el mundo alma más pérfida que la suya, desde que exigía el interés de sus pasiones; pero en la vida privada despreciaba demasiado á los hombres, y se creía demasiado superior á ellos para descender á la hipocresía.

Seguían á Pedro Arbués los demás inquisidores, montados como él, pero vestidos de negro.

Un piquete de guardias de corps escoltaba esta cabalgada.

El pueblo se inclinaba ó se arrodillaba al pasar por delante la santa comitiva; los rostros empalidecían, y un fúnebre silencio reinaba entre aquella muchedumbre arrodillada.

Llegado al centro de la plaza, el inquisidor se detuvo, y con voz sonora pronunció la siguiente notificación:

—Hermanos míos: de hoy á un mes, la santísima Inquisición hará ejecutar á los herejes que deshonran la religión de Nuestro Señor Jesucristo; habrá un auto de fe para celebrar las victorias de nuestro gran rey Carlos V en Flandes, y su celo contra la herejía. Rogad, hermanos míos, para que Dios nos descubra todos los herejes, y aun á los que sólo lo son en el fondo de su alma, y denunciad vosotros mismos á todos los que conozcais, si queréis merecer las indulgencias prometidas por Su Santidad el Papa.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Dolores—, ¿qué será de mi padre?

El pueblo respondió á la notificación y exhortación del inquisidor, santiguándose; y luego las trompas volvieron á resonar.

—¡Padre mío!—repitió la hija del gobernador, agitándose en el aposento como una insensata.

—Tranquilizáos—la dijo Juana—, José llegará muy pronto: nada temais.

Dolores se volvió á la ventana, y la comitiva salía de la plaza y se iba acercando á esta casa.

—¡Salid de aquí!—dijo Juana atemorizada—; van á pasar por ahí y os verán. ¡Dolores! ¡Dolores! ¡escuchadme!

Con los ojos fijos en el rostro del inquisidor, parecía querer leer en él la suerte de su padre y la suya.

La comitiva estaba casi debajo de la casa; Dolores continuaba con el rostro vuelto hacia la calle; y aunque el aposento estuviese muy obscuro, en la penumbra en que se hallaba se dibujaba la silueta de su delicada fisonomía sobre la pared de la abertura.

Al pasar Pedro Arbués, levantó la cabeza; pero en este momento, Juana, cogiendo á Dolores por la cintura, logró alejarla de la ventana. El inquisidor se enderezó sobre su caballo; volvió á fijar sus miradas en la abertura en que se le había aparecido esta vaga semejanza; pero con más celeridad que la del rayo, Juana había vuelto á poner la piedra. En vez de la aparición que le había deslumbrado, Pedro Arbués no vió más que una pared uniforme, una casa sin ventana, y se creyó juguete de un sueño; pero volviéndose hacia un familiar que estaba á algunos pasos detrás de él, le dijo:

—¿Sabes á quién pertenece esta casa?

Los familiares lo sabían todo.

—Eminentísimo señor, es la morada de una pobre viuda á quien vuestro limosnero el padre José hace limosna.

—Estoy loco—dijo entre sí el inquisidor—: en todas partes me parece ver á Dolores Argoso.

La comitiva siguió su marcha; Juana colocó en una silla á Dolores desmayada; el ruido de los clarines iba perdiéndose á lo lejos; Dolores continuaba su desmayo, y Juana, arrodillada, le frotaba vivamente las manos y le bañaba el rostro con agua fresca. Al verse sola y no atreviéndose á llamar á nadie, principiaba á concebir inquietudes, cuando la puerta exterior de la casa se abrió con un ruido ligero, y subieron la escalera con paso rápido.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Juana—, no puede ser más que José.

Era él; en efecto.

Al entrar en el aposento, Dolores abrió los ojos, exhalando un largo suspiro.

—¿Qué es esto, nodriza?—preguntó José.

—¡Padre mío! ¡padre mío!—exclamó Dolores, viendo al joven dominico—; padre José, ya véis que quieren matar á mi padre.

—Calmáos, Dolores—dijo José con dulzura—; ¿quién os dice que quieren matar á vuestro padre?

—¿No he oído yo ahora mismo esos gritos de muerte? ¿no acaban de proclamar el auto de fe cercano?

—¿Qué os prueba esto?—replicó el joven dominico—; si vuestro padre fuera designado para figurar en él, ¿no estoy yo aquí para remediarlo?

—¡Oh! vos me engañais, padre José, vuestra compasión os mueve á ocultarme la verdad. ¡Sé que el inquisidor tiene sed de sangre de mi padre y que le hará perecer!

—Calmáos y escuchadme—dijo José aproximándose á la jóven.

—¡No, no os creo!—exclamó con progresiva exaltación—¿no vestís vos también la librea de la Inquisición? ¡Pues bien! dejadme, no os necesito para salvar á mi padre; iré á arrojarme á los pies de monseñor Arbués; abrazaré sus rodillas; suplicaré y lloraré tanto, que á no ser que su alma sea tan dura como una roca, se enternecerá y me volverá mi padre.

—¡Pobre insensata!—dijo José con voz amarga, mirando á Juana, que lloraba—; ¿tienen alma acaso los inquisidores? ¿saben quizá lo que es tener padre, madre, amante ó hermana? ¿tal vez algún sentimiento ha hecho estremecer nunca sus entrañas de mármol? ¿Conocen, por ventura, otras sensaciones que los deseos lascivo, feroces é inexorables, los monstruosos delirios de un libertinaje desenfrenado, la sed de sangre y el espectáculo de la agonía?

—¡Iré! ¡Iré!—repitió Dolores más inflamada aún por esta pintura terrible, pero cierta hasta la evidencia.

Al propio tiempo se levantó sostenida por la exaltación, y rechazando á Juana, que procuraba calmarla enlazándola dulcemente en sus brazos:

—Dejadme—dijo—, estais convenidos para engañarme; me habéis encerrado aquí como en una cárcel, para que no tuviese noticia de lo que pasa; pero Dios ha burlado vuestros proyectos, y he sabido lo que queríais ocultarme. Dejadme, pues, dejadme libre, ¿con qué derecho me detenéis aquí presa?—exclamó como fuera de sí y lanzando al dominico una mirada de orgullo y de enojo.

Conmovido José, calló, y Juana le miró con un aire que quería decir:

—Esta pobre muchacha se ha vuelto loca.

—Ella es más feliz que yo—respondió José en voz baja.

Desasiendo entonces Juana sus dos brazos, con que había procurado retener á Dolores, fué á sentarse al otro extremo del aposento.

Viéndose libre la joven, se detuvo y se puso á contemplar á José, cuyo rostro, bello y pálido, enternecía.

Juana lloraba; estos dos seres pacientes parecían más bien víctimas que verdugos. Los ojos de Dolores perdieron de golpe su ardiente esplendor; dejóse caer en la silla y se quedó como anonadada.

Acercósele entonces José, y ella, tendiéndole la mano, le dijo:

—Perdonadme; he sido injusta; el dolor quita la razón; perdonadme, padre José; pero os declaro ahora con calma, que mi resolución es irrevocable: quiero ir á arrojarme á los pies del inquisidor general; debo probarlo todo para salvar á mi padre y no se dirá que he sido cobarde.

—¡No lo haréis, Dolores!—dijo con firmeza el dominico.

—¡Oh!—dijo Juana—; tened piedad de vos misma.

—Nada temo—respondió la jóven con nobleza—; ¿pensais acaso que temo á la muerte?

—¡Pero teméis la infamia!—exclamó enérgicamente José—; ¿no conocéis acaso al inquisidor de Sevilla?

—¡Oh! es verdad—dijo ella horrorizada—, ¡no había pensado en esto!

—Pues bien—prosiguió José—; obedeced mis consejos; seguidlos, Dolores, pues de lo contrario, os aseguro que estais perdida... Dejad obrar á vuestros amigos, basta con una víctima, os perderíais sin provecho, y este sacrificio de nada serviría al que queréis salvar.

—¡Oh! ¡si á lo menos supiera dónde se halla Esteban!—exclamó la hija del gobernador con desesperación indecible.

—Os prometo que lo sabré. Esteban se ocupa, como yo, de vos sola; tranquilizáos, pues, y contad con nosotros. Aquí estais segura—añadió—, no os atrevais á salir; es el único punto de Sevilla donde la Inquisición no vendrá á buscaros.

A pesar de los consuelos de José, Dolores quedó sumida en un profundo abatimiento.

—Pronto volveré—la dijo al dejarla el dominico, á quien Juana acompañó hasta la puerta exterior.

—Mi buena Juana—dijo José—, cuidad bien á esta joven, no la dejéis salir nunca... Bastantes víctimas hay—prosiguió con amargura.

—¡Oh, mi noble hijo!—exclamó la nodriza estrechándole fuertemente contra su pecho—, ¡Dios bendiga vuestro valor!

—¿Os parece que me he acobardado?—replicó vivamente el joven.

Juana, sin contestar, volvió la cabeza para esconder sus lágrimas.

—Nada temais—exclamó José estrechándole la mano con energía—; no temais nada, Juana, ¡conseguiré mi objeto!...

(Continuará.)



Un inglés acaba de ahorcarse en circunstancias verdaderamente extraordinarias. Samuel Cook se llamaba este sujeto, que desde hace tiempo venía siendo presa de una profunda misantropía. No hablaba á nadie, ni siquiera á su mujer.

Había transportado su lecho al granero de la casa y en la escotilla de entrada colocó una sólida cerradura, aislándose por completo y dando orden de que le entrasen la comida por una abertura practicada en el techo.

Su mujer le dejó tranquilo, confiando en que desapareciera su acceso de misantropía. Nuestro hombre era un extravagante, pero siempre había vuelto á la vida normal después de su aislamiento.

Pasó el tiempo, y una tarde subió al cuarto de la ropa blanca, pieza por la que se pasaba al granero. Al abrir la puerta lanzó un grito. Por la abierta escotilla del granero pendían dos piernas.

Corrió en busca de una escalera, encontrándose con un espectáculo prodigioso.

Samuel Cook estaba colgado á una cuerda sólidamente atada á una viga. Tenía los brazos y las piernas ligadas al cuerpo hasta el codo. El antebrazo y las manos quedaban libres. La cabeza estaba cubierta por un pañuelo.

Se reconstituyó fácilmente la historia de este suicidio. Samuel Cook se había colgado con el ceremonial de una ejecución capital.

El mismo habíase atado y una vez la cuerda al cuello se colocó encima de la trampa de entrada, cuyo cerrojo descorrió tirando de una cuerda unida al mismo y el cuerpo se precipitó en el vacío y en la muerte, que se produjo por estrangulación.

Pero no se limitó á esto la extravagancia de Samuel Cook; el suicida dispuso en torno suyo una *mise en scene* sorprendente.

Alrededor de la trampa había tres maniquíes; uno vestido de negro representaba el pastor protestante encargado de auxiliar al reo en sus últimos momentos; los otros dos estaban vestidos de vigilantes de la cárcel.

Por último, en el granero había una hilera de departamentos imitando las celdas de una prisión, con su número, su ventanillo y sus cerrojos. En la que había habitado el demente encontróse una porción de obras de autores célebres, que trataban de la pena de muerte.

Un escrito firmado por Samuel Cook atestiguaba que «en el momento de sufrir la última pena reconocía no haber sido nunca tan dichoso como los días pasados voluntariamente en prisión».

La esposa está inconsolable, porque no podía suponer tuviera tan triste fin la monomanía de su marido.

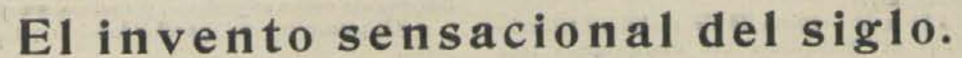
Este hecho, del que da cuenta un periódico de Londres, caracteriza la especial idiosincrasia de los ingleses, que constantemente están batiendo el *record* de la extravagancia.

¡Ojo! Rogamos una vez más á nuestros suscriptores se atengan á lo dispuesto para sus relaciones con esta Administración, que está sufriendo gran quebranto por las irregularidades de los que no quieren darse por enterados. Los cambios de residencia deben avisarse antes de emprender el viaje hacia el nuevo destino, y las reclamaciones hacerse dentro del plazo de ocho días. Tengan la bondad de hacerlo así, para que no se irroguen perjuicios á esta empresa ni á los interesados. **¡Ojo!**



Gran Relojería de París

Fuencarral, 59, Madrid.



El invento sensacional del siglo.

Montar una orquesta por poco dinero, oir cantar á Gayarre aun después de muerto, y á Tamberlik y á la Patti, tener á todas horas dispuesta la música para matar los ratos de tedio, alegrando el corazón, siempre es un importante problema que se resuelve, pues el estado del espíritu influye notablemente en las decisiones y resultados de cuanto el hombre realiza.

Decimos esto, porque acabamos de ver la gran remesa de **Parlophonos**, máquina parlante y musical, superior á todas sus similares, que el Sr. Thierry, conocido industrial, ha recibido, á precios económicamente inverosímiles, adquiriendo los aparatos directamente de la casa constructora de fábrica, París, pudiendo de esta suerte, darlos en ventajosas condiciones.

Teniendo, pues, en cuenta lo que el Sr. Thierry ha hecho otras veces, rebajando á nuestros suscriptores el precio de los relojes que tanta fama han adquirido, hemos pedido igual concesión respecto á los **Parlophonos**, que ha puesto á la venta, accediendo á ello. Así, pues, los jefes, oficiales y clases de tropa pertenecientes á los Institutos de Guardia civil y Carabineros que sean suscriptores del Museo Criminal pueden obtener:

Por **sesenta y cinco** pesetas, pagaderas en cinco plazos, un magnífico **Parlophono**, marca *Luxus*, de trompa, que mide 29 centímetros de largo por 21 de diámetro, y con tres discos de regalo.

Por **ciento veinticinco** pesetas, un **Parlophono** último modelo, marca *Non plus ultra*, con trompa niquelada, que mide 39 centímetros de largo por 25 de diámetro, y cuatro discos también de regalo, pagadero en seis plazos. Idem con transmisor «gran concierto», **ciento cincuenta** pesetas.



El «Non plus ultra», **125** ptas., con 4 discos de regalo.
Idem con transmisor «gran concierto», **150** ptas.

Por **doscientas** pesetas, un magnífico **Parlophono**, marca *Imperial*, última novedad, con brazos acústicos y trompa niquelada, que mide 47 centímetros de largo por 30 de diámetro, pagadero en siete plazos, con cuatro discos de regalo.

Con estos precios que se consignan, resulta á nuestros suscriptores una rebaja considerable en los artículos mencionados.

Los pedidos, al Sr. Thierry, gran relojería de París, Fuencarral, 59, Madrid.

Precios de los discos sueltos.

	Pesetas.
Disco pequeño.	4,00
Idem grande de una cara..........	6,00
Idem íd. dobles ó de dos caras......	12,00
Paquete de 200 agujas..	1,50

En los pedidos no olviden indicar la estación más próxima.

El «Luxus», con 3 discos de regalo, **65** ptas.

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.